



La Simbólica de la Franc-Masonería ()*

FRANCISCO ARIZA ↗

2ª parte

Legamos así a la primera mitad del siglo XVII, donde asistimos al surgimiento del movimiento hermético-cristiano que se ha dado en llamar el "iluminismo rosacruz". Este movimiento, que concedía una importancia especial a la invocación de los nombres divinos hebreos y cristianos, así como a las analogías y correspondencias entre los tres mundos o planos de la manifestación universal, corporal, anímico y espiritual, debía ser decisivo para la gestación de la Masonería especulativa. Los rosacruzcianos, entre los que se encontraban auténticos hombres de conocimiento de la talla de Robert Fludd, Michel Maier y Juan Valentín Andreae (autor de *Las Bodas Químicas de Christian Rosenkreutz*), eran, por así decir, el brazo exterior y visible de la enigmática "Orden de la Rosa-Cruz", de la que tomaron el nombre. Esta sociedad hermética estaba compuesta por doce miembros (número primordial) que permanecieron siempre en el más completo anonimato, justificado por las condiciones, cada más vez más adversas, provocadas por el poder ejercido de forma autoritaria por la mayor parte de la nobleza y del dogmatismo inquisitorial. Este "Colegio Invisible de la Rosa-Cruz", como igualmente se le denominaba, heredó gracias a organizaciones filo-templarias como la *Fede Santa* a la que perteneció Dante, lo esencial de la simbólica del Temple.

Durante los primeros años del siglo XVII el movimiento rosacruzciano extendió las ideas herméticas por diversos Estados y Principados de centro Europa, especialmente en Bohemia y en el Alto y Bajo Palatinado, fomentando un floreciente pero breve período en que se intentó perpetuar la cultura tradicional de Occidente. Sin embargo, todo quedó truncado cuando el movimiento rosacruzciano fue cruentamente disuelto -como en el caso de los templarios- durante la "guerra de los Treinta Años", acontecimiento éste que supuso que la "Orden de la Rosa-Cruz", inspiradora de ese movimiento, desapareciera de Europa buscando refugio en Asia.

Caben aquí destacar dos cosas; primera: el aspecto cruento que tomó la persecución de los templarios y los rosacruzcianos, aspecto que ha sido una característica bastante frecuente en Occidente durante mucho tiempo, lo cual ha de entenderse, ante todo, como la expresión de un gesto verdaderamente sacrificial ⁽¹⁾ estrechamente ligado con los mitos solares, y que Cristo mismo ejemplificó con su pasión y muerte en la cruz. Asimismo, toda acción sacrificial conlleva una muerte ritual seguida de un renacimiento o resurrección (el sol repite este acto cada día cuando desaparece por Occidente y vuelve a aparecer por

Oriente), lo que debe ser visualizado a diversos niveles de lectura, incluido el que se refiere al destino colectivo de todo un pueblo y al de las organizaciones iniciáticas y tradicionales. Segunda: la desaparición de los Rosa-Cruces ocurrió exactamente 333 años después de la destrucción de la Orden del Temple (1314-1647).

Esta cifra, 333, es un número cíclico, pues la suma de sus dígitos da nueve, que es el símbolo numérico de la circunferencia, la que a su vez simboliza un ciclo completo y cerrado. Digamos, en este sentido, que el correcto conocimiento de la teoría de los ciclos es imprescindible para comprender el desarrollo histórico al que se circunscribe la vida de los pueblos y las civilizaciones, situando ese desarrollo en sus justas relaciones analógicas con los grandes ciclos cósmicos, relaciones que representan la expresión simbólica de dichos ciclos en el plano horizontal del mundo. Así, pues, con la "guerra de los Treinta Años" finaliza un ciclo y comienza otro: precisamente aquél que desembocaría en la era de subversión de los valores tradicionales y sagrados que constituye el mundo moderno. En efecto, con la desaparición de los Rosa-Cruces se acabaría de romper el lazo que unía Occidente al "Centro Supremo", es decir, a la Tradición Primordial de los orígenes.

Siendo esto así, no obstante las cosas también pueden considerarse de otro modo, y atendiendo a lo que en este sentido dice un autor masón "... Asia no designa sino el Oriente, donde está situada desde siempre la Logia del masón".⁽²⁾ Desde luego siendo verdad que el "Colegio Invisible de la Rosa-Cruz" se ocultara en el Oriente físico, ello no invalida de ninguna manera que también lo hiciera en el Oriente simbólico y espiritual. Volvemos a repetir que los acontecimientos históricos, como todas las cosas, son siempre simbólicos, manifestando a nivel sensible las realidades espirituales. El orden metafísico y el natural no se niegan sino que se complementan, coadyuvando de esta manera a la realización de la armonía universal, teniendo siempre en cuenta, eso sí, una preeminencia jerárquica del primero sobre el segundo, y no confundiéndolos.

Al finalizar la guerra de los Treinta Años, y durante ella, muchos rosacruceanos abandonaron el continente instalándose en Inglaterra y Escocia, siguiendo el camino que tres siglos antes emprendieron los templarios, y buscando, como éstos, refugio en las logias de los "hermanos franc-masones". Ni qué decir que estas relaciones tuvieron sus consecuencias en el simbolismo y rituales masónicos, sobre todo en algunos símbolos y ritos donde se ve claramente la inspiración hermética y rosacruz. Por aquella época (siglo XVII) el carácter operativo de la Masonería prácticamente había desaparecido, y con él la pérdida de las técnicas rituales propias del oficio de constructor y los conocimientos simbólicos a ellas vinculados, los cuales quedaron en posesión de reducidos grupos masónicos que en vista de las condiciones adversas que se estaban presentando optaron por pasar al anonimato. Sin embargo, pensamos que esa pérdida quedó compensada en parte por la influencia revitalizadora que la Masonería estaba recibiendo de las diversas sociedades herméticas y de algunas de las órdenes de caballería iniciática que perduraban, o se fueron creando, desde el final del Medioevo. El simbolismo arquitectónico ligado a los misterios de la cosmogonía seguiría vigente, pues constituye la seña de identidad de la tradición masónica; pero a partir de entonces ese simbolismo ya sólo se aplicaría en la edificación del

templo interior. Es decir, que había casi desaparecido la "forma", pero no el espíritu, el núcleo, la esencia.

Es cierto, por otro lado, que la admisión indiscriminada de personas que no tenían, ni les interesaban, los más mínimos conocimientos sobre qué era verdaderamente el simbolismo y la iniciación, fue creando paralelamente las condiciones que conllevaron a la gestación de una Masonería privada de su dimensión espiritual, que es ciertamente la que conocen la gran mayoría de nuestros contemporáneos. Todo y así, durante el siglo XVIII y principios del XIX, todas aquellas influencias tradicionales que se recibieron durante años fueron realmente decisivas para la estructuración definitiva de los "sistemas" o Ritos más importantes de la Masonería especulativa, y entre los que destacan por su carácter tradicional, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Rito Escocés Rectificado y el Rito de Emulación.

Este breve recorrido por el tiempo nos ha permitido comprobar cómo la Masonería ha intervenido en los hechos más significativos de la historia de Occidente, ayudando a tejer (muchas veces de forma pasiva y receptiva, es verdad, pero así tenía que ser por razones que se nos escapan) la trama sutil de la misma durante los últimos setecientos años.



Síntesis simbólica de la Orden.

Símbolos y Ritos

Como tradición sagrada que es, la riqueza simbólica de la Masonería promueve en el hombre la búsqueda del conocimiento de sí mismo, a la par que le ofrece los medios y los métodos para acceder a él, los cuales fundamentalmente se expresan como una didáctica que facilita el despertar de la conciencia, a la que restituye el recuerdo de su dimensión universal. Esta enseñanza se clasifica de; la siguiente manera en: a) símbolos visuales y gráficos; b) símbolos sonoros y vocales; y c) símbolos gestuales o ritos.

Entre los primeros se encuentran los de diseño geométrico, cuya diversificación es bien extensa, y de hecho a la Masonería se la suele identificar con la misma geometría, palabra

derivada de *Gea* (tierra) y *metrón* (medida), es decir "medida de la tierra", lo que desde luego se relaciona con el oficio de constructor (y de agrimensor) en cuanto que éste delimita un espacio con el fin de realizar una obra arquitectónica. Entre los símbolos gráficos y visuales destacaremos el llamado "cuadro de la Logia" que es ya de por sí una síntesis simbólica de la Logia, y que de alguna manera resume la enseñanza iniciática contenida en cada uno de los tres primeros grados masónicos. Como todo símbolo que alude a las ideas de "encuadre" o "enmarque", el cuadro de la Logia protege una serie de elementos de carácter sagrado destinados a la meditación y contemplación. En esto es semejante a los *mandalas* o *yantras* de las tradiciones hindú y budista, modelos simbólicos que diseñan una imagen geométrica del universo. Son, por tanto, verdaderos soportes de meditación adecuados para generar en el hombre una visión y un conocimiento de su propia estructura interior, reflejada en la estructura del mundo. Hemos dicho que cada uno de los cuadros de Logia resume o sintetiza la enseñanza del grado al que pertenece, y esto es cierto en la medida en que en él se encuentran los símbolos visuales y gráficos más significativos e importantes. Se trata de las propias herramientas como son el mazo y el cincel, el nivel y la plomada, la regla de veinticuatro divisiones, el compás y la escuadra. También hallamos el símbolo de la Delta, la estrella pentagramática, el sol y la luna, la piedra bruta, la piedra cúbica y la piedra cúbica en punta, el pavimento mosaico, el frontispicio del templo con las dos columnas Jakin y Boaz destacadas a uno y otro lado de la puerta de entrada a la Logia, etc. De alguno de estos símbolos trataremos.

Entre el segundo grupo de símbolos, los sonoros y vocales, encontramos las "palabras sagradas" y las "palabras de paso" (todas de origen hebreo y cristiano) y las leyendas de los distintos grados iniciáticos. Las palabras sagradas se relacionan directamente con lo que en Masonería se llama la "búsqueda de la Palabra perdida", que constituye el verdadero Nombre del Dios inefable, y cuya reconstitución equivale a "reunir lo disperso", es decir armonizar los distintos elementos del ser en la unidad de su principio divino o supraindividual. Todas las "palabras sagradas" que se dan desde el primero hasta el último grado, podrían visualizarse como una escala ordenada y jerarquizada que conduce a la "Palabra de Vida", que no es otra que el verbo interior luminoso y regenerativo propiciador del nacimiento espiritual. En este sentido la vocalización de las palabras sagradas en la Masonería recuerda, en ciertos aspectos, las técnicas de pronunciación de los *mantras*, en uso entre las tradiciones hindú y budista. Como se ha repetido en diversas ocasiones, los *mantras* son sílabas y palabras de poder, generadoras de vibraciones sutiles que confieren la iluminación iniciática al transmitir la potencia del verbo divino inmanente en la propia realidad de la vida cósmica y humana. Las "palabras de paso" están estrechamente vinculadas a las "palabras sagradas". Como su propia definición indica las palabras de paso aluden al simbolismo de pasaje o de tránsito, es decir que contienen una clave (o llave) que abre la puerta a un espacio y tiempo interior sagrado y cualitativo. Hemos de decir que cada una de las palabras y letras de las lenguas sagradas tienen su propio valor numérico, y todo junto, palabras y números, conforman la "ciencia de los nombres", de por sí un código simbólico que expresa las diferentes lecturas de la realidad en los distintos niveles y planos en que se manifiesta. En cuanto a las leyendas de los grados hay que ver en ellas como una

especie de historia sagrada de la Masonería que permanentemente restituye el recuerdo y la memoria del tiempo mítico de los orígenes. Son relatos ejemplares, modelos a seguir por el iniciado y a través de los cuales éste se identifica con las hazañas y vivencias de sus antepasados, reactualizándolas en el tiempo presente, que de esta manera adquiere su verdadera cualidad.

Y el tercer grupo de símbolos alude, como se ha dicho, a los ritos. Y esta palabra, "rito", es idéntica fonética y etimológicamente al sánscrito *rita*, que significa orden. El rito sería, pues, la repetición de un gesto o acto ordenado. En realidad el rito iniciático (también religioso) es el símbolo mismo en acción ejecutado conforme a una idea o arquetipo, y a su vez el símbolo es la fijación de un rito primordial, tal cual el "gesto" del Gran Arquitecto creando el mundo. Si el trabajo con los símbolos gráficos y geométricos se basa fundamentalmente en la concentración y en los estudios de carácter intelectual, los ritos son una serie de gestos y posturas corporales que "fijan" en el plano psicosomático del ser la energía-fuerza que precisamente el símbolo geométrico vehicula. Estos gestos rituales masónicos son semejantes a los *mudras* hindúes y budistas, que a través de ciertas posturas y gestos manuales describen un lenguaje sagrado articulado por una cadencia rítmica que es en sí una "música visual". Esta misma relación símbolo-rito se puede extender también a los propiamente sonoros y vocales; todo ello expresa una unidad de pensamiento y acción que debe encarnarse en la realidad cotidiana y diaria, pues obviamente de nada serviría meditar en la energía salutífera del símbolos después ésta no se lleva a la práctica de una manera ordenada y consciente. Asimismo, el rito se cumple y desarrolla tanto en el tiempo como en el espacio; en el tiempo porque los trabajos masónicos se realizan desde mediodía en punto (cénit solar) hasta medianoche en punto (cénit polar); y en el espacio porque dichos trabajos se hacen siguiendo la dirección de los cuatro puntos cardinales, es decir de Oriente a Occidente y de Mediodía a Septentrión. En todo esto se reconoce una estructura circular y cruciforme que abarca conjuntamente el orden del macrocosmos y del microcosmos, religados ambos por la recreación de un gesto o rito común.

Ahora bien, estas tres categorías de símbolos masónicos (que por cierto se encuentran en todas las tradiciones) están ordenadas por la ley cualitativa del número, ya que tanto si se diseña una figura geométrica, se vocaliza un nombre divino, o se ejecuta un gesto ritual, no se está sino manifestando un ritmo interior que al exteriorizarse y plasmarse en la realidad concreta de las cosas, toma necesariamente una estructura numérica. A este respecto, dice José de Maistre en su libro *Las veladas de San Petersburgo*: "El Creador nos ha dado el número, y por el número es como se nos manifiesta, así como por el número el hombre se evidencia a su semejante; quitad el número y quitaréis las artes, las ciencias, la palabra y por consiguiente la inteligencia. Volvedle, y reaparecerán con él sus dos hijas celestiales, la armonía y la hermosura: el grito se convertirá en canto; el estrépito, en música; el salto, en danza; la fuerza se llamará dinámica, y los rasgos, figuras".

La Logia, imagen del mundo

En primer lugar prestemos atención al sentido etimológico de la palabra Logia: ésta deriva

de *Logos*, que es el Verbo o Palabra, que emitida en el mundo lo rescata de las tinieblas y el caos, creando así la posibilidad de la manifestación y del orden universal. Igualmente, "Logia", si no etimológicamente sí en cuanto a su sentido simbólico, es idéntica a la palabra sánscrita *loka*, que quiere decir "mundo", "lugar", y por extensión "cosmos". Por otro lado, también se da una identidad entre Logia, Logos y el griego *lyke*, que significa "luz".



Síntesis masónica

Aquí tenemos, resumido, lo que distingue ante todo la Logia masónica: un espacio iluminado, pero iluminado interiormente gracias a la influencia espiritual transmitida por la iniciación. De ahí que la Logia se asimile a la "caverna iniciática", término que se utiliza en diversas tradiciones para designar lo más central y oculto del cosmos su corazón mismo. Como la caverna iniciática, o el *athanor* hermético, la Logia permanece protegida y a cubierto del mundo profano y de las "tinieblas exteriores"; que jamás penetrarán en ella porque en realidad se encuentra situada en otro plano. Expliquémonos, no se trata de un "lugar" en sentido literal, sino más bien de la conciencia interna donde habita el misterio del alma humana. Evidentemente existe una Logia concreta y física, que puede estar situada en cualquier calle de cualquier ciudad de cualquier nación, y que puede cambiar de ubicación tantas veces como se quiera. Lo importante es que el templo exterior simboliza con imágenes mnemotécnicas y evocadoras nuestro propio espacio y tiempo interior. Más allá de las apariencias debe penetrarse en lo que éstas velan y ocultan, pues de lo que realmente se trata es de conocer el "Templo que no está hecho por manos de hombre", según dijimos anteriormente.

La forma de la Logia es la de un cuadrado largo o rectángulo, cuya longitud es el doble de su anchura. En la tridimensión sería un paralelepípedo, figura geométrica que para Platón daba las proporciones y relaciones armónicas del universo. En efecto, en la Logia masónica se dan una multitud de correspondencias simbólicas que tejen un conjunto perfectamente tramado donde es posible percibir la armonía del mundo. Nada en este templo es superfluo ni ha sido puesto al azar, y cada símbolo allí presente, cada palabra o gesto emitido, está reflejando un matiz particular de esa armonía. Señalemos que el diseño de la Logia masónica parte de la idea directriz marcada por el "número de oro" o "divina proporción", regla que era utilizada por los arquitectos medievales. Este número determina a partir de un punto central que se expande en un movimiento logarítmico, las proporciones armónicas presentes en todos los organismos vivos, ya se trate, por ejemplo, de la estructura corporal del hombre, de una flor, del caracol, de la estrella de mar o de las espirales galácticas. Para los pitagóricos, el "número de oro" manifiesta la inteligencia creadora de la Mónada o Unidad, el *Hieros Logos*, o Gran Arquitecto, en su acción, o gesto, sobre la materia caótica, plasmándose en ella las ideas de simetría y orden, equilibrio y belleza.

Por todo esto la Logia masónica sintetiza la totalidad de la vida universal, del cosmos manifestado, hasta ser como la transfiguración cualitativa de éste. Es, pues, una imagen del mundo, una *Imago Mundi*, un prototipo del mismo, reducido a su forma esencial. En este sentido, podría aplicarse a la Logia masónica aquella frase inscrita en el templo de Ramsés II: "Este templo es como el cielo en cada una de sus dimensiones y proporciones". Por otro lado, la estructura alargada de la Logia permite seguir el curso diurno del sol, el astro que ilumina la tierra partiendo de Oriente hacia Occidente pasando por el Mediodía o Sur. Por todo ello, y al ser como una imagen simbólica del universo, la Logia está ordenada por las direcciones del espacio, que surgidas simultáneamente por la irradiación de un punto central (el "Corazón del Mundo") genera un sistema de coordenadas donde lo alto, lo bajo, lo largo y lo ancho conforman la cruz de tres dimensiones, otro esquema simbólico del cosmos.

De todo ello se deriva una geometría espiritual bien conocida por los masones operativos, aplicándola en la orientación y disposición de los edificios sagrados, que de esta manera eran penetrados por los efluvios y las fuerzas mágicas de la naturaleza y el cosmos. Desde el espacio íntimo y oculto de la gruta o caverna donde nuestros antepasados prehistóricos oficiaban sus ritos y cultos sagrados, pasando por la choza o tienda ritual de los pueblos nómadas y los templos construidos de madera, hasta, en fin, los monasterios y catedrales, una larga cadena tradicional ha ido dando testimonio de esa voluntad del hombre por encuadrar y delimitar determinados espacios "cargándolos" de significado espiritual, de modo que reflejaran en la tierra el orden mismo del cielo.



Vitrail de la catedral de Chartres, s. XIII.

Continuando con la descripción de la Logia, observamos que en el Oriente se añade el *Debir*, que en el Templo de Jesuralem o de Salomón simbolizaba el *Sancta-sanctorum* o "Santo de los santos". El *Debir* tiene forma de hemiciclo, idéntico al ábside semicircular de las iglesias y catedrales cristianas, lo mismo que el *mihrab* de las mezquitas musulmanas. Dicho hemiciclo es la proyección en el plano horizontal terrestre de la cúpula o bóveda del cielo. Todo el espacio restante de la Logia que va desde la puerta de entrada hasta donde comienza el *Debir* se denomina *Hikal*, que era el *Sanctum* o "Santo" en el mismo Templo de Jerusalén. El *Hikal* está separado del *Debir* por tres peldaños o gradas, que aluden a los tres grados iniciáticos de aprendiz, compañero y maestro. Así, pues, estos tres peldaños se refieren a la idea de elevación gradual y jerarquizada a otros planos o niveles superiores de realidad. En efecto, en el "Santo de los santos" se depositaba lo más sagrado del pueblo de Israel: el "Arca de la Alianza", pequeño receptáculo, en sí mismo un modelo del cosmos, que "contenía" los efluvios y bendiciones emanados de la divinidad. Del "Arca de la Alianza", como centro simbólico del mundo, se esparcían las bendiciones en todas las direcciones del espacio, comunicándose más allá de los muros y paredes del templo, hasta la ciudad y el universo entero.

En el lugar que aproximadamente correspondería al "Arca de la Alianza" está situado el Altar o Ara, corazón de la Logia donde incide el eje vertical que comunica el cielo con la tierra. También se llama "Altar de los juramentos", porque sobre él se realizan los compromisos y "alianzas" que el masón contrae con la organización iniciática. No en vano, encima del Altar se encuentra la Biblia, o Libro de la Ley Sagrada, abierta por los versículos del libro de los Reyes o bien de las Crónicas, en los que se mencionan la edificación y las medidas exactas del Templo de Jerusalén, aunque también se abre por el prólogo del Evangelio de San Juan, que comienza con las palabras: "En el Principio era el Verbo...".

Los versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento se refieren, pues, a la construcción del templo material y del templo espiritual, respectivamente; el primero como reflejo o símbolo del segundo, pues existe antes que el propio mundo, y en él residen eternamente la sabiduría y la inteligencia del Sumo Hacedor. Encima de la Biblia se depositan el compás y

la escuadra, los dos emblemas masónicos por excelencia. éstas son las herramientas o útiles que simbolizan el cielo y la tierra. Con el compás se traza el círculo o circunferencia, figura geométrica que en todas las tradiciones es considerada como una imagen del cielo y de lo celeste. Con la escuadra se traza el cuadrado, o bien la cruz (que se forma por la unión de dos escuadras unidas por sus vértices respectivos), inseparables de la idea de cuaternario; así: los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones, los cuatro períodos cíclicos de la humanidad, las cuatro fases de la luna, los cuatro períodos de la vida humana, etc., es decir todo lo relacionado con la tierra y lo terrestre. El compás como "ciencia del cielo" y la escuadra como "ciencia de la tierra", sintetizan los misterios de la cosmogonía, que son también los misterios del hombre comprendido en su totalidad. En un grabado hermético atribuido a Basilio Valentino aparece la figura del *rebis* o andrógino (unión de las energías contrarias en una sola naturaleza o substancia) con un compás en su mano derecha y una escuadra en la izquierda, simbolizando así la unión del cielo y de la tierra. Esta misma representación iconográfica aparece en un grabado chino donde se ve la figura andrógina del emperador Fo-Hi y su hermana Niu-Kua, lo cual viene a confirmar la universalidad de estos dos símbolos. La unión entre lo superior y lo inferior, entre el cielo y la tierra, se representa en la Masonería por la superposición y entrelazamiento del compás y la escuadra, el primero con el vértice hacia arriba y la segunda hacia abajo, semejando la "estrella de David" o "sello de Salomón". Esta complementariedad, que sin embargo mantiene un orden jerárquico, está señalada por la fórmula hermética de que "... lo de arriba (el macrocosmos) es como lo de abajo (el microcosmos) y lo de abajo como lo de arriba". Si la Biblia, como libro sagrado, recoge la revelación de la Palabra, el compás y la escuadra son las herramientas que sirven para aplicar el contenido espiritual de esa revelación en el orden de la arquitectura. Biblia, compás y escuadra son las "Tres Grandes Luces" de la Masonería, porque en el estudio, en la meditación y en el uso ritual que de ellas se hace se va iluminando el sendero que conduce al Conocimiento.

Siguiendo todavía en Oriente, sobre la pared del fondo encontramos la Delta luminosa con el Tetragrama o nombre inefable de Dios en el centro. Esta Delta es un triángulo con el vértice hacia arriba, figura que expresa la realidad de los principios universales, a la vez que es la primera estructura arquetípica que se expresa en todos los planos de la manifestación como una fuerza que crea, otra que conserva y una tercera que destruye, o mejor, transforma. Estas tres ideas-fuerza surgen de la unidad primordial que queda simbolizada en la Delta por un solo ojo que a veces sustituye al Tetragrama, pero que viene a referirse al mismo sentido de presencia inmutable de la deidad en el seno mismo de la manifestación. Además, la manifestación, desde su realidad más sutil hasta la más densa y material, está simbolizada por las cuatro letras que componen el Tetragrama: IOD, HE, VAU, HE, correspondiéndose cada una de ellas con los cuatro niveles o mundos que constituyen la existencia universal, y que son los mismos que se encuentran en el Arbol de la Vida cabalístico. En este nombre divino queda, pues, resumida la obra de la creación en su conjunto, y su conocimiento se vincula directamente con la búsqueda de la "Palabra Perdida".

Pero el templo, y en este caso la Logia masónica, no es sólo una estructura estática -como tampoco lo es el universo- sino dinámica también, pudiendo ser visualizada ésta como una rueda, imagen de la "rueda del cosmos" o *Rota Mundi*. Esto está expresamente indicado por las doce columnas o pilares que enmarcan el recinto de la Logia, y que equivalen a los doce signos zodiacales. Cinco de estas columnas están situadas a Septentrión, cinco más a Mediodía, y las dos restantes (las columnas Jakin y Boaz) a Occidente, justo en el pórtico de la entrada. Diremos que el zodíaco (que quiere decir precisamente "rueda de la vida") es como el marco del universo visible, y su movimiento cíclico, unido al de los planetas y demás constelaciones, influye en el cambio alternativo de las estaciones y en el mantenimiento y renovación de la vida del cosmos y del hombre. De esto se deduce que la Masonería no desconoce la antigua ciencia de la astrología, que junto a la alquimia revela también los misterios del cielo y de la tierra.

Las columnas Jakin y Boaz se vinculan con la simbólica de los dos solsticios, y por tanto con las dos fases ascendente-descendente del ciclo anual. Ellas se asimilan, pues, a los dos San Juan, el Bautista y el Evangelista, y en consecuencia a la "puerta de los hombres" y la "puerta de los dioses", respectivamente. éstas son las puertas zodiacales de Cáncer y Capricornio, que corresponden a la entrada del verano y del invierno, es decir el descenso y el ascenso de la luz solar. Las puertas solsticiales cumplen un papel muy importante dentro del proceso iniciático, que, no debe olvidarse, reproduce exactamente las etapas del desarrollo cosmogónico. Para los pitagóricos, por la puerta de Cáncer las almas penetran en el "antro de las ninfas", que es lo mismo que la caverna platónica, otra imagen del mundo. Allí se regeneran por el conocimiento de los "pequeños misterios". Por la puerta de los dioses estas almas salen del cosmos para participar de los "grandes misterios". Es decir, que el alma humana

"... entra al mundo por una puerta y sale por otra, y en el ínterin -signado por el espacio y el tiempo- tiene la oportunidad de reconocerse y escapar de esa condición por la identificación con otros estados del ser universal, que puede vivenciar por medio de la conciencia individual -semejante a la conciencia universal- y que constituyen la posibilidad de la regeneración particular -y también de la universal-, siempre, claro está, tomando como soporte la generación y la creación en el espacio y el tiempo".⁽³⁾

Estos dos procesos son idénticos a los realizados por Cristo, cuyo nacimiento, pasión, muerte y resurrección, representan un arquetipo de la iniciación. Este mismo proceso puede verse también en la mitología de gran número de héroes y dioses solares, como es el caso de Osiris, Quetzalcóatl, Mitra y el propio arquitecto Hiram. En relación con la vida de Cristo es interesante señalar el dato, sin duda no casual, de que las iniciales de las columnas Boaz y Jakin son también las iniciales de Belén y Jerusalén, las dos ciudades que presiden el nacimiento y la muerte del Salvador, es decir el ciclo completo de su existencia humana.



Una de las marcas de la Tipografía Platiniana.

En el centro de la Logia se extiende el "pavimento mosaico", tapiz de cuadros blancos y negros exactamente igual que el tablero de ajedrez, cuyos orígenes son también simbólicos como el de la mayoría de los juegos. El "pavimento mosaico" es, sin duda, un símbolo de la manifestación que, efectivamente está determinada por la lucha y delicado equilibrio que entre sí sostienen las energías positivas, masculinas y centrífugas (*yang*, luminosas) y las energías negativas, femeninas y centrípetas (*yin*, oscuras), expresadas también en la alternancia de los ritmos y ciclos vitales y cósmicos. En este sentido, es alrededor del pavimento mosaico por donde se efectúan las circunvalaciones rituales que los masones realizan en Logia, siguiendo así un orden marcado por los cuatro puntos cardinales, las direcciones del espacio.

Y por último, mencionar que en medio mismo del pavimento mosaico se dispone el "cuadro de la Logia", que antiguamente era dibujado en el suelo al comenzar los trabajos, y borrado cuando esos trabajos finalizaban. Ya hemos dicho que este cuadro es un esquema sintético de todo el templo masónico, además de constituir un soporte simbólico para la meditación y la concentración. En efecto, el cuadro de la Logia, al contener en su interior el diseño de los símbolos más significativos e importantes, deviene por ello un vehículo de la influencia espiritual en la Masonería. No es entonces casual que sea precisamente alrededor de este cuadro (que es el punto geométrico más central del templo masónico) donde tiene lugar el rito de la "cadena de unión", en el que se invoca la potencia creadora e iluminadora del Gran Arquitecto, e implícitamente también la de todos los antepasados míticos e históricos que contribuyeron en la edificación del templo material y espiritual. Y esta invocación vertical se realiza mediante la unión encadenada y fraterna de todas las

fuerzas vivas presentes en la Logia, es decir de todos los "hermanos", que establecen así una comunicación sutil entre sus respectivas individualidades, sirviendo como soporte para la manifestación de la influencia sagrada.

Y por último mencionar que alrededor del "pavimento de mosaico" y del "cuadro de la Logia" se encuentran los tres pilares de la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza. Estos pilares también reciben el nombre de "tres pequeñas luces", porque encima de cada una de ellas arde una pequeña vela; son pues columnas de luz y de fuego, tres nombres del Arquitecto directamente relacionados con la construcción del templo y del cosmos.

Pero no quisiéramos terminar sin ofrecer un texto de las Lecturas del Rito de Emulación que resume bellamente todo lo que hasta aquí hemos dicho sobre el templo masónico: "Permitidme atraer vuestra atención sobre la forma de la Logia, la cual es un paralelepípedo que se extiende de Este a Oeste, en anchura entre el Norte y el Sur y en altura desde la superficie de la tierra hasta su centro, e incluso a tanta altura como los cielos. "Una Logia de masones se describe así para mostrar la universalidad de la Ciencia y enseñarnos que la caridad de un masón no debe conocer más límites que los de la prudencia. "Nuestras Logias deben estar orientadas de Este a Oeste, porque todos los Templos dedicados a la adoración divina, como las Logias de los masones están o deben estar así orientadas. "El Universo es el Templo del Dios que servimos. La Sabiduría, la Fuerza y la Belleza sostienen su Trono como pilares de su obra, porque su Sabiduría es infinita, su Fuerza omnipotente y su Belleza resplandece en el orden y la simetría del conjunto de la Creación. él extendió los cielos al infinito, como un vasto baldaquino; dispuso la tierra como una tarima, coronó su templo con las estrellas como una diadema y de su mano irradian la potencia y la gloria. El sol y la luna son los mensajeros de su voluntad y toda su ley es la concordia [el Amor]".

1ª Parte

<https://www.2enero.com/textos>

NOTAS

- (*) [Este artículo apareció originalmente en la Revista *SYMBOLOS: Arte - Cultura - Gnosis*, N° 2, Solsticio Verano 1991 - Invierno 1991. Guatemala. No hallándose ya en la web de la revista se publica hoy aquí con el permiso expreso de su autor.]
- (1) La palabra "sacrificio" procede del latín *sacrum facere*, un acto o un hacer sagrado. (R)
- (2) Jean Tourniac, *Vie et perspectives de la Franc-maçonnerie Traditionnelle*. (R)
- (3) Federico González, *La Rueda, una imagen simbólica del cosmos*. (R)